

Jane Rausch, *Colombia: el gobierno territorial y la región de los Llanos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003, 396 páginas.

Después de “*A Tropical Plains Frontier 1531-1831*”¹ y de “*The Llanos Frontier in Colombian History 1830-1930*” publicados en 1984 y 1993 respectivamente, éste es el tercer libro que Jane Rausch presenta sobre los Llanos orientales de Colombia, como producto de un esfuerzo persistente de más de dos décadas, que nos permite tener un cuadro histórico completo de esta región, desde la época colonial hasta la primera mitad del siglo XX.

Como sugiere David Bushnell en la presentación de esta obra, el trabajo de la autora se enmarca dentro de la “especialidad un poco nebulosa de estudios de frontera”. Como tal, se puede decir que constituye un importante aporte al conocimiento histórico de las convencionalmente llamadas áreas marginales del país, entendidas generalmente y sin mayor precisión como regiones de frontera. De hecho, en este tercer volumen, como en los anteriores, Rausch aborda la frontera desde una perspectiva espacial muy amplia que la lleva a concentrarse en ocasiones en el piedemonte mientras que en otras, las menos, lo hace sobre la que podríamos llamar la frontera externa de la nación. La autora no abunda en la discusión conceptual sobre la frontera y en este volumen se remite a concebirla “como un área geográfica donde el borde de los asentamientos españoles se encuentran con la selva”, como tratando de distinguirla de la concepción apologética de la frontera presente en muchos casos, desde el estudio pionero de Jackson Turner sobre la expansión territorial norteamericana. Allí la frontera es concebida simplemente como la línea que “separa la civilización de la barbarie”. Por tanto, es claro que en este trabajo y contrario a lo que algunos podrían esperar, la preocupación central de la autora no es estrictamente la frontera nacional asociada a sus límites político administrativos ni tampoco las zonas de contacto fronterizo transnacional.

Un aspecto relevante de toda su obra tiene que ver con la importancia estratégica que se asigna al papel de las regiones fronterizas en la formación de la identidad nacional, lo que le permite de paso registrar como en Colombia, al igual que en el resto de América del sur, predomina un marcado desdén de los historiadores, para no hablar de las élites políticas, por estas zonas y en el caso de los países andinos un énfasis recurrente en las áreas centrales o tierras altas. No obstante, como la misma autora lo reconoce, esta situación ha venido cambiando en los últimos años, lo que se evidencia en recientes estudios que

¹ El Banco de la República publicó la traducción española de este trabajo en 1994 con el título de “Una frontera de la sabana tropical: Los Llanos de Colombia 1531-1831”.

abordan los procesos generados desde regiones como la Amazonia, la misma Orinoquia o el Chocó geográfico. En esta perspectiva, su trabajo presenta una importante novedad en relación con los dos anteriores, ya que su enfoque sobre las áreas fronterizas se enriquece al rebasar el estrecho marco de la región llanera e incorporar a la descripción y el análisis otras regiones consideradas como marginales: la Amazonia, la Guajira, el Ecuador y Panamá, con lo que su esfuerzo nutre una perspectiva comparada de las fronteras de Colombia, en este caso con un énfasis en su articulación con los procesos políticos de la primera mitad del siglo XX.

En el tránsito del siglo XIX al XX, ya bien entrado el período republicano, es notable ver cómo en Colombia se reforzó el papel de las misiones católicas como instituciones de frontera, situación que no se había alterado sustancialmente desde la colonia cuando los misioneros convirtieron sus reductos de los Llanos así como de otras zonas de frontera “en fortalezas de defensa española contra los potenciales ataques de holandeses y portugueses”. Se puede leer en este trabajo que uno de los factores que explican la marginación y aislamiento de las zonas fronterizas, durante el período estudiado, es precisamente el haberlas dejado en manos de la Iglesia y específicamente de las misiones católicas (jesuitas, franciscanos y capuchinos, entre otros), con lo cual se delegó no sólo la salvaguarda de la soberanía nacional y la generación de la identidad nacional, sino un papel director en el proceso de la formación del Estado-Nación. En el terreno político, esta postura es responsabilidad fundamental del Partido Conservador quien, aprovechando sus casi cinco décadas en el poder, restituyó las prerrogativas eclesiásticas y aseguró en general la continuidad del dominio territorial de las misiones sobre estas regiones. Para Jane Rausch “el regreso de los liberales al poder...marcó la línea divisoria en la política colombiana relacionada con las zonas fronterizas”. Aunque la autora no desconoce las transacciones hechas en este campo por los líderes del Partido Liberal luego de su asenso al poder en 1930, es claro que una de sus principales líneas de sustentación se dirige a reivindicar el papel del liberalismo y de sus principales líderes, entre quienes destaca Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo, en la incorporación de las regiones de frontera al resto del país, así como en su desarrollo económico y social.

Particularmente notable fue el papel desempeñado por Enrique Olaya Herrera, en la crisis ocasionada por la entrega de Perú a Colombia del trapeo amazónico y la posterior ocupación de Leticia por parte de grupos de peruanos inconformes con el arreglo de límites correspondiente. Igualmente importante fue el protagonismo de algunos de los intelectuales de la elite colombiana, como Luis López de Mesa o Luis Eduardo Nieto Caballero, entre otros, cuyo pensamiento estuvo orientado a dar preeminencia e igualdad política a las regiones marginales del Pacífico, la Orinoquia o la Amazonia.

La diferencia en la política y actitud de los partidos políticos y de las élites hacia las regiones de frontera también se reflejó en la sucesiva transformación y reacomodo del sistema de organización territorial del país y en la suerte de las instituciones creadas para manejar los anteriormente llamados “territorios nacionales”. En cuanto a lo último, aunque ya desde 1853 se aprobaron leyes especiales para el manejo de las zonas fronterizas, éstas nunca fueron puestas en práctica. Esta situación cambió a lo largo de la primera mitad del siglo XX cuando se crearon diferentes entidades encargadas del manejo de estas zonas aunque con resultados generalmente mediocres. En el caso de la organización territorial, el país conoció una gran variedad de modelos, desde el más radical que definió la constitución de los nueve estados soberanos en 1863, hasta los que establecían el tutelaje de los departamentos o regiones fronterizas más débiles, atrasados o marginales, por parte de las zonas centrales o departamentos supuestamente más fuertes y poblados, en las primeras décadas del siglo XX.

Uno de los rasgos que distingue el periodo de ascenso del liberalismo al poder, en cuanto al manejo de las zonas fronterizas, es que las fuerzas armadas (ejército y policía) empiezan a tener mayor ingerencia real como institución de frontera. Lo anterior no significó, ni mucho menos, la disminución total del poder de la Iglesia ya que por ejemplo las ordenes misionales, en la década del treinta, continuaban con el control absoluto de la educación en los hoy departamentos amazónicos, mientras que en otras áreas del país se implantaba un sistema mixto con participación tanto oficial como religiosa.

La presencia del ejército y de la policía nacional en las zonas fronterizas se hizo decisiva a partir del conflicto amazónico entre Colombia y Perú, cuando Olaya Herrera aumentó de manera importante el presupuesto de las fuerzas armadas y cuando se decidió en los años subsiguientes que miembros de la fuerza pública se podían transformar en colonos. En la práctica, el impulso a la colonización de las áreas fronterizas por parte de las fuerzas armadas bajo el nombre de “guarniciones de fuera”, por su concepción errónea, sus magros resultados y múltiples problemas, bien pronto habría de demostrar no ser la respuesta adecuada del Estado para la inclusión de los territorios nacionales. En estas condiciones, la respuesta liberal al desapego conservador por los márgenes de la patria, a pesar de las buenas intenciones de sus líderes, de la visita de algunos de ellos a los puestos de frontera o del aumento del presupuesto para las fuerzas armadas, tampoco pudo garantizar una integración nacional eficaz de esta parte del territorio o su desarrollo económico y social sostenido. Por otra parte, las oficinas gubernamentales creadas para el manejo de los territorios nacionales como el Departamento de Territorios Nacionales, durante la presidencia de Eduardo Santos o los esfuerzos puntuales como la creación de empresas semioficiales como Navenal, en el segundo gobierno de López Pumarejo, con jurisdicción incluso en ríos fronterizos como el Amazonas o el

Meta, distaron mucho de estar a la altura de la colosal tarea de integrar estas apartadas regiones al concierto nacional.

Por otro lado, a pesar de reconocer algunos avances en materia legislativa, Jane Rausch no oculta su frustración ante estos fracasos y nos sugiere un contexto de explicación relacionado con la defeción del mismo López y con la claudicación del partido liberal, que en su segundo mandato acabó por arriar las banderas que enarboló con decisión unos años antes. A lo desandado en materia de reforma agraria y lucha anticlerical, entre otros asuntos, se sumó el debilitamiento de la política de fronteras. Como corolario de esto la autora señala que: “Distraído por asuntos más urgentes, López no clamó más por el redescubrimiento de las zonas fronterizas, ni volvió a salir en vuelos muy publicitados hacia los distantes rincones de la República”. En síntesis, en materia de regiones fronterizas, los diez y seis años de gobiernos liberales iniciaron con un brote de nacionalismo de la sociedad colombiana, ante la posible pérdida de un territorio amazónico casi totalmente desconocido y terminaron diluyéndose ante la confianza de un precario control sobre Leticia y otros pocos pero todavía lejanos puntos del vasto espacio fronterizo.

En fin de cuentas, y esto es algo que Rausch no analiza a profundidad, tanto las dirigencias conservadoras como las liberales fracasaron en dotar al Estado de instrumentos idóneos para impulsar verdaderas políticas de integración de estos territorios y superar la disparidad y el desequilibrio regional. La delegación del papel de construcción de nación primero en la Iglesia y luego en las fuerzas armadas, convertidas por fuerza de la improvisación en instituciones de frontera, y la no apropiación decidida, oportuna y sostenida de las funciones de legitimación, integración y participación por parte del Estado colombiano, a través de otras instituciones además de las religiosas y militares, tal vez podrían explicar en buena medida el alto precio que ha tenido que pagar la sociedad y el Estado colombiano en su intento por garantizar la inclusión y la gobernabilidad de estas áreas del territorio nacional.

Las política de fronteras, tanto de los gobiernos conservadores como liberales, también fallaron al no reconocer ni interpretar adecuadamente el carácter de las sociedades fronterizas, ni actuar decididamente en el control de los procesos de migración y de los efectos nefastos del contacto de los agentes de la sociedad nacional con las sociedades indígenas. En estas condiciones, los grupos étnicos simplemente continuaron ausentes de la nación, en el mejor de los casos, o fueron constreñidos a convertirse en mano de obra en las empresas extractivas y en las aldeas de misiones o, como bien lo describe J. Rausch, fueron desalojados violentamente de sus territorios o, en algunas zonas de los Llanos, cazados como animales hasta su virtual exterminio.

A pesar de que la autora asigna en sus trabajos una destacada importancia al papel de las regiones fronterizas en los procesos de conformación de la

nación colombiana y no obstante sus críticas a las concepciones que privilegian la supremacía de la región andina, podemos constatar que su relato no deja de construirse desde el centro del país y desde sus élites. En este escenario, la población de las regiones fronterizas simplemente continúa siendo sujeto pasivo y víctima de los desmanes y arbitrariedades de los misioneros, de comerciantes inescrupulosos o de la ausencia estatal. Sin dejar de reconocer el aporte de Jane Rausch al conocimiento de cómo el Estado colombiano y los partidos políticos y sus principales representantes construyeron un imaginario sobre los hasta hace poco llamados territorios nacionales y cómo encararon la incorporación de las regiones fronterizas a la economía y a la organización territorial de la nación, hasta el advenimiento de la Violencia, no podemos sino esperar que las aún lejanas voces de los actores fronterizos se hagan presentes en futuros estudios, para ayudar a construir la historia de Colombia también desde el margen de la nación. Una historia que contemple el estudio del surgimiento de sociedades fronterizas, de sus relaciones y características internas, de la configuración de identidades étnicas, nacionales o transnacionales, o de las condiciones que han permitido que Colombia perfile una identidad nacional propia, en estos aún indescifrados territorios de frontera.

Carlos G. Zárate B.

*Profesor Universidad Nacional de Colombia
Sede Leticia*

Fernán E. González, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vázquez, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep, 2003, 336 páginas. Incluye CD.

El libro *Violencia política en Colombia* producido por el equipo de investigación dirigido por Fernán González e integrado por Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez, es un texto complejo que admite muchas lecturas. Complejo porque es el resultado de dos proyectos sucesivos de investigación, está escrito a seis manos, maneja distintas temporalidades pues se mueve con fluidez entre el presente y el pasado, combina lo teórico con lo empírico y, no menos importante, es interdisciplinario. Tiene un propósito que le da cohesión: una interpretación multicausal de la violencia reciente en Colombia desde la perspectiva de la construcción del Estado en una nación fragmentada como la nuestra.

El libro consta de dos grandes partes —una descripción del conflicto armado en los años noventa y una mirada de mediano y largo plazo sobre la violencia—, además de la introducción y las conclusiones, a lo que se adiciona